

## Por un progreso incluyente

**Carlos Fuentes**

*En este artículo, el escritor mexicano, laureado con los premios Rómulo Gallegos (1982) y Cervantes (1987) y autor de La región más transparente y La muerte de Artemio Cruz, entre otras obras ya clásicas de la literatura latinoamericana, se introduce en la problemática educativa de su país con un libro\* «claramente conmovedor», como bien lo define su presentación. La tesis central de Carlos Fuentes es que la diversidad cultural de México, convoca a no saltar etapas «a no excluir a ningún componente de civilización, a no olvidar ninguno de los caminos de la relación entre saber, hacer y ser. Saber y hacer conducen al cabo al aprendizaje del ser mismo, (...) a la voluntad de tender la mano de la educación a todos: que no se pierda ningún talento de ningún niño, joven o adulto mexicano».*

19

México ha cambiado. El país agrario y pueblerino de 1910 es el país urbano, comercializado, industrializado de hoy. El crecimiento demográfico ha rebasado muchas posibilidades que estaban a nuestro alcance hasta mediados del siglo. La desigualdad social ha crecido al parejo con la diversificación social. Hoy existe una cla-

se media, incipiente apenas cuando Andrés Molina Enríquez, en 1909, fincó en ella la esperanza para resolver «los grandes problemas nacionales». Pero sigue existiendo una minoría de altos ingresos que coloca a México en el cuarto lugar mundial en cuanto a millonarios, después de Estados Unidos, Alemania y Japón, pero

\* Este artículo está basado en la presentación que Carlos Fuentes hiciera de su libro *Por un progreso incluyente*, editado por el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales (IEESA). Dicha presentación se efectuó el 13 de febrero pasado en el marco de los trabajos de la Cumbre Internacional de Educación (México, D.F., 10-14 de febrero de 1997), convocada por la UNESCO y la Confederación de Educadores Americanos (CEA), que preside la Mtra. Alba Ester Gordillo. Cinterfor/OIT agradece al IEESA y al CEA por la autorización concedida para su publicación.

**¿Puede la educación estar ausente del proceso nacional que conjugue pacíficamente las exigencias del cambio y de la tradición?  
¿Puede haber, sin la participación de la escuela, la familia y el maestro, un cambio desde la base, toda vez que no lo habrá sin la participación de ese México olvidado, pueblerino, que sigue siendo la segunda Nación?**

antes de Francia, Italia o España. Y éstos son sólo los millonarios honestos, empresarios y banqueros que declaran sus haberes. En la revista «*Fortune*» no aparecen nunca las nada despreciables fortunas políticas mexicanas. Ha aumentado la masa de los desposeídos, agraria y urbana, en tanto que la clase media, nacida de las reformas revolucionarias, padece

un declive determinado por las sucesivas crisis económicas que hemos vivido entre 1982 y 1997.

20

Los trabajadores del campo tienen la válvula de escape de la migración laboral a los Estados Unidos. ¿Por cuánto tiempo, vista la creciente fobia contra el trabajador migratorio en la nación del norte? Los que emigran, con ilusiones cada vez más precarias, del campo a la ciudad, terminan casi siempre, hacinados en los cinturones de miseria. Y políticamente, los sistemas añejos inventados por el régimen de Plutarco Elías Calles para mantener la unidad revolucionaria en contra de la reacción interna y las presiones internacionales, se han convertido en cascarones a la vez rígidos y quebradizos que ya no contienen, ni dan respuesta, a la población educada o ansiosa de serlo, nacida al amparo de las reformas de ayer pero convencida de que todas ellas –liberación del trabajo, de

la tierra, de la educación– tenían como propósito crear lo que hoy existe, en medio de la crisis económica, a pesar y a causa de ella. Contamos hoy con una ciudadanía responsable y responsiva a un sistema plenamente democrático, pluripartidista, con efectiva división de poderes, acotación del presidencialismo, sistemas de fiscalización del Ejecutivo y, en la base, libertad de los municipios, democracia en el México serrano, campesino, desértico, tropical, olvidado, tradicional. El derecho a elegir y ser electo por la libre voluntad ciudadana. La congruencia entre la ciudadanía, sus problemas y sus elegidos.

Primera pregunta: ¿puede la educación estar ausente del proceso nacional que conjugue pacíficamente las exigencias del cambio y de la tradición? ¿Puede haber, sin la participación de la escuela, la familia y el maestro, un cambio desde la base, toda vez que no lo habrá sin la participación de ese México olvidado, pueblerino, que sigue siendo la segunda Nación?

Pues por indispensables que sean las grandes reformas democráticas de alcance nacional, volverán a ser proyecto abstracto, promesa incumplida, si no se fundan y salen al encuentro de la democracia desde abajo, la que camina con los pies descalzos desde el otro México y su rosario de pueblo y ciudades pequeñas.

Segunda pregunta: ¿puede México estar ausente del proceso mundial de la educación, que ha convertido a

ésta en base de un nuevo tipo de progreso veloz, global, e inmisericorde con los que se quedan atrás? La información es hoy el motor mismo del cambio mundial. Y la información se basa en la educación. No hay información sin educación; no hay, en consecuencia, progreso, cambio y bienestar sin educación. Discutiré esta verdad en apariencia palmaria, pero en la realidad perforada de contradicciones. Sin embargo, mi pregunta, por el momento, sigue en pie: ¿puede México integrarse a esa revolución en la que desarrollo, información y educación van de la mano, o quedaremos rezagados, esta vez para siempre, en los hoyos de la dependencia, el retraso y, con suerte, la mera subsistencia? ¿Volveremos a llegar, como dijo memorablemente Alfonso Reyes, con retraso al banquete de la civilización?

Tercera pregunta: progrese o no México al paso necesario para integrarse a la revolución global de la producción basada en la educación, ¿puede hacerlo sin resolver los problemas de la propia educación en México, de la alimentación y el trabajo para sus grandes mayorías? O ¿estamos dispuestos a relegarlas al olvido, conceder que hay dos Méxicos y que debemos apostarle sólo al México adelantado, integrado al comercio y a la tecnología mundiales, y clausurar para siempre el segundo México, el México de la pobreza, la enfermedad y la ignorancia?

Ya sé que nadie se atrevería a optar públicamente por una «solución fi-

nal» de corte fascista. Ya sé que públicamente todos deseamos que los adelantos del primer México, tarde o temprano, se filtren hasta el segundo México y, por arte del goteo económico, lo rediman. Por desgracia, este camino ya lo hemos recorrido, una y otra vez, a lo largo de nuestra historia colonial e independiente: de Carlos III a Carlos Salinas. El resultado siempre ha sido el mismo: la riqueza acumulada allá arriba se queda allá arriba, y la miseria acumulada allá abajo se queda allá abajo. En cambio, cuando el país ha favorecido parejamente a todas las clases, todas han crecido, siempre con desigualdad, pero al menos con constancia. La disparidad entre pobres y ricos era mucho menor en 1940 que en 1990. ¿Cómo reducir la brecha? Las políticas para un crecimiento más igualitario no son un misterio. Suponen darle prioridad a la economía productiva sobre la fantasía especulativa. Suponen poner por delante la producción, el empleo, la inversión, la salud, el ahorro, la seguridad social y la educación, y darle un lugar secundario a obligaciones internacionales negociables pero que sólo serán plenamente liquidadas si primero crece la economía interna.

Supone superar la adicción ideológica a teorías del desarrollo exclusivas y excluyentes, derechistas o iz-

***¿Puede México estar ausente del proceso mundial de la educación, que ha convertido a ésta en base de un nuevo tipo de progreso veloz, global, e inmisericorde con los que se quedan atrás?***

quierdistas, demonizadoras, ora del Estado, ora de la iniciativa privada. Debemos crear un nuevo consenso participativo que le dé su justo valor y sus funciones insustituibles al sector público y al sector privado. El puente entre ambos se llama la sociedad civil. Y el surtidor de la sociedad civil es la educación.

Hoy, existe un acuerdo colectivo acerca de la importancia de la educación. Nada inspira más confianza como certificado de un buen futuro nacional. Nada alcanza prestigio mayor como inversión de la esperanza. El maestro es proclamado, en los discursos, agente del cambio, de la democracia y la justicia. Pero los recursos equivalentes a los discursos, a las promesas, a la esperanza, no están a la altura de lo que se dice, lo que se promete y lo que se espera. No son comparables los exiguos recursos nacionales de 1927 a los recursos, mucho más abundantes, de 1997. Ayer, heroicamente, había más educación con menos recursos. Hoy sucede lo contrario: los recursos del país, por más que hayan crecido, no tienen equivalencia con las necesidades de la educación, que han aumentado todavía más.

Sin embargo, qué duda cabe que la riqueza no crecería sin la educación. Con más precisión aun: el capital productivo no crecerá sin el capital social, y éste no aumentará sin el capital educativo. Los maestros de México ya no son los misioneros de los años veinte. Son los promotores del siglo XXI. Sin

ellos, no habrá prosperidad o progreso. Sin los maestros, hasta los ricos acabarán pobres. ¿Les impedirá la injusticia nacional y la disparidad global cumplir su altísima función de preparar ciudadanos que sepan promover la riqueza con justicia y el bienestar con libertades?

*Una pregunta final:* agentes del cambio, ¿qué clase de cambio van a propiciar los maestros? Promotores del progreso, ¿qué clase de progreso será su meta? Las respuestas, de acuerdo con el formato que acabo de anunciar, abarcan a su vez una doble faceta. ¿Qué se entiende hoy, globalmente, por progreso? y, ¿qué entendemos, nacionalmente, por progreso? ¿Sigue progresando el progreso, como creían nuestros padres? ¿O asistimos al final del progreso, como adivinan nuestros hijos? En otras palabras, ¿ha dejado de progresar el progreso?

### **Los dos quesos de la globalidad**

Las líneas de fuerza de la educación moderna transfigurada en información y la información como motor del desarrollo conducen a la llamada globalización de la vida económica, ofrecida, a su vez, como panacea de la prosperidad y nuevamente, como en el siglo XVIII, de la felicidad en el futuro. Estamos, me parece, ante una nueva Ilustración, un nuevo siglo de las luces, sólo que éste pretende ser realmente universal y no excluir a ninguna raza, cultura o nación.

Veamos los pros y los contras de semejantes propuesta. El siglo que viene, ¿siglo de las luces o, nuevamente siglo de las sombras?

Digamos, por principio de cuentas, que la globalización no es, como quisieran sus panegiristas, un perfecto, redondo y sonrosado queso holandés de Edam, de esos que en Yucatán se usan para el riquísimo queso relleno. Más bien, sostienen sus críticos, la globalización es un queso suizo, un Gruyère perforado de hoyos. Ya sabemos, por lo demás, que los holandeses se especializan en levantar diques para que sus tierras bajas no sean ahogadas por el mar, en tanto que los suizos se las saben todas para acoger, aprovechar y en su caso denunciar, las fortunas inexplicables de los políticos latinoamericanos: por algo se les llama los gnomos de Zurich. Y el Diccionario de la Real Academia define al gnomo como el enano que guarda los veneros de las minas.

Protegida por gnomos suizos o defendida por holandeses con patines de hielo plateados, la globalización presenta un aspecto, muy celebrado, que es el del incremento mundial, veloz e interconectado, de la vida económica. La base de este incremento es la información y la base de la información es la educación. El progreso de la llamada «aldea global» reconoce a la educación como raíz del conocimiento. El conocimiento, a su vez, es sustento de la información. Éste es el circuito virtuoso que integra a la educación con

la tecnología y la economía modernas. Las líneas de fuerza de la educación moderna transformada en información y de la información como motor del desarrollo son descritas por Peter Drucker, de Claremont College, California. Parto de ellas para dar cuenta del ideal presente de la educación en el mundo desarrollado. Es preciso este punto de contraste para entender dónde se encuentra la educación mexicana.

La educación es la base de la productividad en las economías desarrolladas. Las industrias que actualmente ocupan el lugar central de la vida económica son las productoras y distribuidoras de conocimiento e información, más que de productos materiales.

Lo que la industria farmacéutica produce actualmente no es otra cosa sino conocimiento: cada píldora que se consume es una parcela de información. Cine, televisión, casetes, las industrias de la telecomunicación y las productoras de los instrumentos y equipos procesadores de información: computadores, software, semiconductores: todos ellos están hoy en el centro de la vida económica global. Los ricos de antaño producían acero. Los ricos de hogaño producen equipos electrónicos. Los nuevos gigantes de la venta al por menor se organizan en torno a la información. La banca misma, nos dice Drucker, ya no vive de la diferencia entre lo que paga por el dinero y lo que cobra por prestarlo. Esta era la manera antigua del poderío bancario. En la actualidad, el margen de esa ganancia

se reduce constantemente y los bancos viven más y más de una nueva función, la de cobrar por la información que proporcionan.

«Cada vez más –concluye el autor– los recursos tradicionales, trabajo, tierra y capital financiero, rinden menos. La información y el conocimiento se han convertido en los principales productores de riqueza.»

Cabe preguntarse, por una parte, ¿hasta cuándo y hasta dónde puede extenderse este nuevo poder basado en la información? Basta enunciar la tesis de Drucker para darnos cuenta de lo lejos que estamos, en México, de acercarnos a esta nueva productividad. Para abundar, bastaría citar los muy optimistas pronósticos de Robert Reich, el economista del Instituto Tecnológico de Massachussets, que ha sido Secretario del Trabajo en el gabinete del presidente Clinton. Reich pertenece (o pertenecía antes de su experiencia gubernamental) al grupo que exalta los beneficios de una aldea global y el veloz tránsito de la economía de *cantidad* a la economía de *calidad*. Quizás algunos de ustedes recuerden cuando la propaganda soviética consistía en proclamar cantidades cada vez mayores en la producción de acero como prueba de la superioridad del sistema comunista. Hoy, las fábricas de acero van desapareciendo en todas partes y la norma de la productividad no es ya el volumen sino el valor del producto.

La calidad, a su vez, se funda en la información, y la información, en la educación.

La economía de valor, según Reich, se organiza a partir de la capacidad para identificar y resolver problemas: su base es la educación. El proceso superior de la economía global consiste en inventar nuevos productos a partir de ideas y fondos rápidamente transmisibles gracias a los modernos sistemas de comunicación. Tales ideas, tales fondos, representan una suma de esfuerzos surgidos por ejemplo, de una universidad alemana más un laboratorio francés más un firma de diseño italiana más una agencia de publicidad norteamericana más una fábrica automatizada en Corea más un banco japonés más un barco de la marina mercante de Taiwán.

Un resultado obvio de la globalización, nos dice Reich, es la obsolescencia de la vieja idea de la corporación controlada desde una sede nacional. En la economía de volumen, los productos son internacionales. Las corporaciones pueden disfrazarse, por conveniencia, con etiquetas nacionales. La realidad es que se está integrando un red mundial para la producción de calidad, que se funda en una red mundial de información. Las aportaciones a estas redes globales tienen su origen en tres sectores: el sector que identifica los problemas (mercadotecnia, publicidad, consulta al consumidor); el que resuelve los problemas (investigación, diseño y fabricación); y el

que sirve como intermediario de servicios (financiamiento, investigación y contratación). Basta la suma efectiva de estas funciones, independientemente de sus nacionalidades, para asegurar la supremacía y el funcionamiento de la nueva economía de calidad por encima de la vieja economía de volumen y hacerla llegar al consumidor global.

La crítica a la globalización indiscriminada y dogmática nos plantea a los mexicanos y a los latinoamericanos, además, el problema de una nueva estructura de la organización internacional que corresponda, se nos dice, a la realidad de la interdependencia económica. La vieja idea de soberanía, en otras palabras, está hoy de sobra: las naciones deben ceder o abandonar soberanía para integrarse a la globalidad.

Esta utopía política, como la ilusión económica que la acompaña, se ve desmentida por los hechos. En el mundo de la globalidad y la interdependencia, hay más conflictos de jurisdicción que nunca: en la antigua Unión Soviética, en Quebec, los Balcanes, Córcega, Irlanda... Lejos de desaparecer, la idea de la soberanía parecería encarar nuevos problemas, entre ellos el de la respetabilidad que en el universo global quiere dársele al derecho a la intervención. Pero, ¿puede haber paz si hay injerencia? ¿Y puede haber interdependencia sin independencias que la sustenten y le den a las naciones opción de ordenar su vida

interna de acuerdo con su cultura histórica y su vida internacional y en consonancia con sistemas de legalidad y cooperación?

Estos cambios, por lo demás, ocurren en un mundo cada vez más poblado, a la vez más joven y más anciano. Éramos 1.000 millones de hombres y mujeres a principios de siglo; seremos 6.000 millones al terminarlo. Si la educación es la base de la globalización, ¿cómo educar más y mejor a los jóvenes en un mundo donde los ancianos reclaman más y más seguridad, atención, gastos médicos y los jóvenes más preparación, mejor y más educación?

El énfasis en la tecnología, por otra parte, tiene dos efectos profundos sobre el empleo y en consecuencia sobre toda la cadena de la vida social, desde la educación infantil hasta el cuidado de los ancianos. En primer lugar, tiende a igualar los salarios de quienes participan en la revolución tecnológica; pero en segundo lugar, condena al desempleo y a la marginación a quienes quedan excluidos de ella. Pobreza y desigualdad empiezan a ser el destino de la gran masa de trabajadores que no han sido absorbidos por las nuevas tecnologías.

La cruel pregunta es ésta: ¿para qué educarlos, si de todos modos van a ser superfluos?

La desigualdad en el trabajo se traduce en desigualdad entre las nacio-

nes. Y la desigualdad entre las naciones podría conducir –una vez más– a una rivalidad mortal entre las potencias tecnológicas: los Estados Unidos, Europa y Japón. Esta batalla la perderá, sostiene el economista norteamericano Lester Thurow, la nación que no pueda seguir pagando su déficit comercial. Esta nación, en opinión de Thurow, es Estados Unidos.

Las disputas en el siglo XVI entre España, Francia e Inglaterra empiezan a reproducirse hoy, en nuevos términos, pero también en los más viejos, los del predominio comercial. México, durante la Colonia, ya fue explotado por un imperio mendicante. España explotó a sus colonias para pagar sus deudas con la Europa capitalista que, entre otras cosas, se sirvió de la inteligencia sefardí expulsada de España en 1492 por la fatal intolerancia de los Reyes Católicos. Fuimos la colonia de una colonia. Mañana, ¿seremos el apéndice de un imperio en decadencia?

Por ello, Thurow se pregunta: ¿a quién le pertenecerá el siglo XXI? En 1945, al terminar la guerra había dos superpotencias militares (los Estados Unidos y la URSS) y una superpotencia económica: los Estados Unidos. Japón y Europa estaban en ruinas. Ahora, hay una sola superpotencia militar (los Estados Unidos) y tres superpotencias económicas (los Estados Unidos, Europa y Japón). Ser a la vez superpotencia militar única pero con dos poderosos rivales económicos,

debería imponerle a los Estados Unidos una disciplina estricta y una inversión prioritaria en educación e infraestructura. Lejos de ello, los Estados Unidos consumen más de lo que invierten.

Si el ritmo actual del déficit crece o continúa, el trabajador norteamericano tendrá que trabajar mucho más para lograr un nivel de vida que de todos modos será inferior al actual. La educación sufrirá, en consecuencia, la necesidad económica de aumentar al máximo y a plazos cortos los niveles de consumo que se encuentran en oposición directa al propio interés capitalista; éste, a largo plazo, tendrá que invertir en la educación y notablemente, en la investigación, para ganar la carrera de la competencia.

Si esto es cierto en la nación que, dados sus recursos y su posición mundial, mayor interés posee en mantener altos niveles de educación, ¿qué decir de un país como el nuestro, donde los recursos no se comparan con las necesidades, pero donde éstas –desde alfabetizar hasta preparar técnicos, desde las coberturas básicas de primaria, secundaria y preparatoria hasta los estudios de posgrado–, son la base de cualquier progreso incluyente y requieren un esfuerzo supremo para que la cadena no se rompa, para que la continuidad educativa se fortalezca, para que el abandono y el olvido no se conviertan, cada vez más, en los espectros, demasiado visibles, de nuestras fallas educativas.

Por encima de todo, el espectro actual de la educación, sin embargo, es éste: que el ciudadano educado no encuentre trabajo. Que su talento no pueda rendir frutos por falta de ocupación.

Nuevamente, este dilema tradicional de nuestra vida nacional se convierte en novedoso desafío de la vida internacional.

### **La crisis del trabajo en la era tecnológica**

Educación y trabajo, tecnología y empleo:

A las críticas de Thurow acerca del empobrecimiento del trabajador y la decadencia de la educación, se suman, con extraordinario rigor, las de Jeremy Rifkin en su libro *El fin del trabajo*, complementando a aquéllas: si las familias norteamericanas van a tener que trabajar más para asegurar niveles de vida decentes, van a encontrarse también, cada vez más, con menores oportunidades de empleo.

El panorama que ofrece Rifkin es, acaso, el más preocupante para el mundo desarrollado desde que la primera revolución industrial condenó a los trabajadores agrícolas al desempleo fuera de la oferta laboral y dio origen a las revueltas *ludditas* 1811-1816, cuando los seguidores del mítico Ned Ludd destruyeron las fábricas que les quitaban trabajo a los obreros manuales, artesanos y agrícolas. Eventualmente, el desarrollo industrial en Europa y los

Estados Unidos acabó por absorber al excedente agrario y artesanal en la industria y a beneficiarse de una nueva riqueza agrícola sobre la base de pocos trabajadores y enormes subsidios. ¿Podrá repetirse esa política frente a la nueva crisis del trabajo, que es resultado del desplazamiento del trabajador de la revolución industrial por el trabajador de la revolución tecnológica?

Nuevamente, hay que enfocar el problema de la educación al servicio del problema del trabajo. La automatización, dice Rifkin, ha disminuido la necesidad del trabajo humano en todas las categorías industriales. La esperanza de que los trabajadores desplazados de las fábricas encontrarían trabajo en el sector de servicios, se va reduciendo, a medida que el sector servicios también se automatiza. Pero, por las mismas razones, el egresado de los distintos niveles de la enseñanza, tampoco lo encuentra.

En estas circunstancias, ¿educación para qué, educación para cuántos? El sector informativo y de conocimiento, basado, por supuesto, en la educación, está integrado, advierte Rifkin, por una élite, no por una masa de trabajadores que quedarán desplazados por las nuevas tecnologías. Ésta es la diferencia entre la primera revolución industrial y lo que podemos convenir en llamar la revolución informativa cuyo extremo de exclusión es el conocimiento tecnológico, pero cuyo extremo de inclusión es, ni más ni menos la educación primaria y secundaria, pú-

blica y gratuita. Mantengamos presentes los extremos del dilema, pero también la necesidad fundamental de que México cuente con esa enseñanza elemental, abierta, obligatoria y gratuita para todos nuestros niños. De lo contrario, deberemos abandonar todos los grados intermedios de nuestro desarrollo, desde el cimiento insustituible del empleo agrario, artesanal, industrial o de servicio más elemental, hasta el grado de los desafíos y contradicciones que un argumento como el de Rifkin le propone a los niveles superiores del desarrollo. Sería un engaño más –y el más perverso– del neoliberalismo mexicano formar exclusivamente a élites para una economía sin trabajadores: el país sería una isla flotante, como esos postres del restorán San Ángel Inn, un merengue de azúcar y aire desprendido para siempre de la dura tierra abandonada de la milpa y el nopal.

Si en los países desarrollados la creación de una educación puramente elitista puede conducir a una crisis social profunda, imaginemos lo que ocurriría en un país de desamparos tan extensos y crueles como México. Una política de exclusiones educativas nos llevaría a una explosión social sin precedentes, o a una represión del tamaño mismo de la explosión.

El problema ya está planteado en el Primer Mundo: industrias sin trabajadores. ¿Qué harán las sociedades desarrolladas con millones de individuos cuyo trabajo ya no es necesario? ¿Cómo asegurar que los beneficios

globales de la alta tecnología sean compartidos? Hay que encontrar una respuesta creativa, francamente humanista, a este dilema. De lo contrario, la situación, que en el Tercer Mundo puede conducir a una explosión social, en el Primer Mundo alimentará los fuegos del odio fascista. Los políticos de la extrema derecha no tardarán –lo hacen ya– en culpar a los inmigrantes, la mano de obra extranjera, los movimientos femeninos y los programas de acción afirmativa. La raíz del mal, más bien, se encontraría, según Rifkin, en que los rendimientos productivos de la alta tecnología han sido acaparados por las ganancias de las corporaciones, el beneficio de los accionistas y la existencia misma de una élite global de trabajadores tecnológicos –los mismos que celebra Robert Reich en su visión del *Trabajo de las Naciones*.

El antídoto a la política de la paranoia y el odio, dice Rifkin, consiste en emplear las nuevas tecnologías para darle mayor tiempo libre, mayor educación y mayor cultura a los trabajadores desplazados, no para darles menos pago y más desempleo. Para esto, hay que reducir la semana de trabajo, no la fuerza de trabajo.

Rifkin, al respecto, le pide al gobierno de los Estados Unidos que haga tres cosas: primero, que reduzca voluntariamente la semana de trabajo. Segundo, que implemente la participación de utilidades a fin de que los trabajadores se beneficien directamente de los logros en materia de productivi-

dad, y tercero, que se llegue a un acuerdo con las gerencias y los accionistas a fin de que sus ganancias no sean desproporcionadas con respecto a las de la fuerza laboral.

De lo contrario, mientras más trabajadores pierdan el empleo, menor o inexistente será su capacidad de consumo. Cuando enormes cantidades de trabajadores sean reducidos al desempleo, al trabajo ocasional o contingente, acabarán por secarse, asimismo, los fondos de pensiones que durante los últimos cuarenta años han financiado las inversiones de capital en los Estados Unidos y que hoy ascienden a la suma de cinco billones de dólares.

Los fondos de pensiones superan, en Estados Unidos, los activos de todos los bancos comerciales juntos; y constituyen una tercera parte de los haberes financieros del país. Advierte ominosamente Rifkin: «Si las compañías continúan marginando a sus fuerzas de trabajo... el sistema capitalista acabará por desplomarse, drenado de los fondos de pensiones necesarios para nuevas inversiones de capital».

¿Qué hacer? La conclusión de Rifkin, desde la atalaya de una economía desarrollada, no es muy distinta de la que, desde nuestra propia situación, podemos ofrecer los mexicanos. Yo he venido proponiendo, desde diversas tribunas, incluyendo este ensayo, la necesidad de superar la necia pugna entre partidarios del Estado y feligreses de la empresa privada, dis-

tinguiendo las atribuciones de ambos sectores pero conciliándolos mediante la acción del tercer sector, llámese sociedad civil o sector social.

Igualmente, Rifkin compara a una sociedad con una silla de tres patas: el mercado, el Estado y el sector civil. El primer soporte genera el capital de mercado. El segundo el capital público. Y el tercero, el capital social. La distinción es fundamental para un país como el nuestro, donde la mayor riqueza reside precisamente en la abundancia de una población inteligente, generadora de un capital social a menudo desperdiciado, que puede ser tan importante como la educación que recibe y la cultura que haga valer, supliendo, con creces, las carencias del sector público empobrecido por sus aventuras neoliberales y las deudas contraídas en consecuencia, y por un sector privado esencialmente herido por la crisis de la pequeña y mediana industria. ¿Podemos fomentar un capital social que reanime y reoriente a los menguados o mal distribuidos capitales del Estado y la empresa privada? La respuesta, en México como en Japón, Francia o los Estados Unidos, reside en la cantidad y calidad de la educación pública, generadora de dicho capital social.

En los Estados Unidos, recuerda Rifkin, la sociedad civil constituye más del 6 % del PIB y da cuenta del 10,5 % del empleo. Hay más personas empleadas en el tercer sector que en las industrias de la construcción, la electró-

nica, los transportes o los textiles. Y los gastos de las organizaciones no comerciales de los Estados Unidos exceden, de igual forma, el PNB de todas menos siete naciones del mundo.

La crisis del trabajo dentro de la Revolución de la Tecnología y la Informática ofrecen, por todo ello, la oportunidad de crear millones de nuevos empleos en la sociedad civil. Hay que liberar el trabajo y el talento de los individuos expulsados de los sectores estatal y del mercado, a fin de crear capital social en los barrios, las pequeñas comunidades, las zonas aisladas... La fuente de los recursos para educar y abrir las puertas a esta nueva fuerza de trabajo debe ser la economía misma de la era tecnológica. La riqueza generada por la nueva economía tecnológica debe estar sujeta a impuestos que se orienten hacia la creación de empleos en el tercer sector.

30

Esto es factible cuando, en efecto, ya existe una riqueza generada por las industrias tecnológicas e informativas. Pero en una sociedad pobre y en crisis como la nuestra, ¿de dónde vendrían los recursos para atender y alentar al tercer sector? El futuro de la sociedad civil norteamericana, estima Rifkin, dependerá en gran medida de la creación de una nueva fuerza política que pueda exigirle a los sectores, tanto privado como público, el fortalecimiento del sector social a partir de las ganancias gigantescas de la nueva economía tecnológica e informativa. En México el equivalente de esta de-

manda tiene asimismo, un fuerte componente político.

Sólo una estructura plenamente democrática en todos los órdenes –del municipio más pequeño al congreso federal, de la asociación de barrio al sindicato nacional– puede exigir seriamente una reforma fiscal que se oriente al fortalecimiento del sector social en general pero, sobre todo, a la base misma de su fuerza en todos los países, particularmente en el nuestro: la educación y el magisterio. La educación pública es el escalón primero de una escala de Jacob que no nos conduce al cielo, pero sí a la preparación de ciudadanos útiles, alfabetizados, mejor preparados para atender todas las opciones del trabajo nacional, desde la agricultura y las artesanías hasta la tecnología y la informática. Lo que debemos fortalecer en México es la continuidad educativa, la cadena de soluciones que impide los dramáticos vacíos que actualmente se dan entre esos extremos. Fiscalizar la riqueza nacional a fin de que las etapas de la educación no se interrumpan y ofrezcan oportunidades de continuidad y acceso a todos, es, entre nosotros, un desafío y necesidad mayores que en los países que ya cuentan con una riqueza acumulada y, sobre todo, mejor distribuida gracias a la estrecha vigilancia legislativa sobre los dineros públicos y su destino.

Amén de que, mientras el mundo desarrollado cuenta con amortiguadores sociales, nosotros carecemos de

ellos. Los sistemas de seguridad social, asistencia médica y habitacional, escolaridad, maternidad y compensación del desempleo, usuales en la Europa occidental y en los Estados Unidos, no tienen equivalente en el mundo del subdesarrollo. Nuestro desamparo es mayor, aun cuando muchos de nuestros dilemas sean comunes.

Combatir la corrupción, fiscalizar los ingresos de la nación, darles un destino productivo y favorecer a la educación y al maestro como surtidores del progreso incluyente, son funciones que no se darán en México sin legislaturas locales y nacionales plenamente democráticas; no se darán si los organismos administrativos no son vigilados por los organismos legislativos y éstos, a su vez, no son vigilados por la ciudadanía misma, mediante el voto, la información y la crítica.

### **Las preguntas de la educación**

Las catástrofes recientes de nuestra vida pública, multiplicadas en la vida personal de los ciudadanos, le proponen a la educación mexicana concertar, reunir los factores del crecimiento real, no las ilusiones de la jurgaría financiera, para que el país vuelva a reconocerse y recupere el camino de un desarrollo incluyente y crítico.

Las etapas de ese viaje son múltiples y no puedo abarcarlas todas en este ensayo. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha encargado al ex presidente de Costa

Rica y Premio Nobel de la Paz, Oscar Arias, que encabece un proyecto sobre la educación en América Latina y el Caribe. Una agenda para el siglo que viene.

El temario del proyecto no puede ser más sugerente y se enuncia en forma de preguntas:

- ¿Por qué la educación no ha sido hasta ahora una prioridad política?
- ¿Cómo generar y mantener una movilización nacional en torno a los problemas de la educación?
- ¿Se asignan al sector educativo porcentajes óptimos del PIB y del presupuesto nacional de cada país?
- ¿Son comparables los resultados de nuestro esfuerzo educativo a los de ciertos «países patrón» como, por ejemplo, los llamados «Tigres de Asia»?
- ¿Es óptima la distribución de recursos entre los diferentes tramos escolares, en términos de equidad y eficiencia?
- ¿Es funcional el actual sistema de descentralización política, administrativa y financiera en la educación pública?
- ¿Cómo adecuar el régimen laboral a los nuevos paradigmas y desafíos del sector?
- ¿Cómo alcanzar la cobertura universal en educación básica?
- ¿Cómo mejorar la calidad de los insumos educativos (formación de docentes, preparación de textos, suministros de computadores, etc.)?
- ¿Cómo aumentar la jornada escolar?

- ¿Cómo reducir las tasas de deserción y repetición?
- ¿Cuáles son las características del papel de la familia en relación con la escuela y cómo mejorar esa relación?
- ¿Cómo funciona la familia en cuanto institución educativa?
- ¿Cómo adecuar los currículos de la enseñanza técnica y vocacional de nivel medio a los nuevos tiempos?
- ¿Cómo debe funcionar un buen sistema de matrículas, créditos y becas?
- ¿Cuál es y cuál debe ser el papel de la educación privada?
- ¿Cuál es y cuál debe ser el papel de la educación informal?
- ¿Cómo incrementar la cobertura de la enseñanza postsecundaria?
- ¿Cómo lograr y mantener centros universitarios de excelencia?
- ¿Cómo estimular la educación para la ciencia y la investigación científica?
- ¿Qué significa educar para: a) la convivencia, b) la democracia, c) la igualdad de los géneros, d) la promoción de la minorías étnicas y culturales, e) la construcción nacional, y f) para la protección ambiental?
- ¿Cómo se ha hecho en el mundo y cómo hacerlo en América Latina y el Caribe?

Algunos de estos temas ya los he considerado en el presente ensayo, notablemente uno que me parece central a todos los restantes: la relación entre educación y trabajo, la convicción de que sin expectativas de traba-

jo la educación decae y a veces muere. Otros, de particular relieve para nuestra vida mexicana, los he apuntado ya: la educación para la convivencia, la democracia, la igualdad de los géneros y la construcción nacional. No pudiendo referirme a todos los temas propuestos por el presidente Arias, sí quisiera destacar algunos de ellos en esta parte final –incurriendo a veces, lo admito, en preferencias debidas a mi formación o deformación profesionales.

### **Extremos de México**

Las nuevas tecnologías para la comunicación y la enseñanza no son, en sí, ni buenas ni malas. Lo bueno o lo malo es el uso que de ellas se haga. Los zares de la comunicación (los hay en México y en el mundo) predicán la filosofía maoísta con los colores de Benetton: que florezcan mil flores. Sabemos que lo contrario es cierto. Sólo florece la planta que los empresarios o el gobierno (y a veces los dos juntos) dejan crecer. La guerra del Golfo Pérsico, por ejemplo, le fue ofrecida al mundo como un espectáculo de fuegos artificiales, no como una horrorosa devastación de vidas *invisibles* para la cámara. También es cierto, en cambio, que los Estados Unidos perdieron la guerra de Vietnam, en gran medida, porque su inútil y cruel sangría pasó por las pantallas de televisión y las familias vieron morir a sus hijos en nombre de la vanidad y la ceguera política del gobierno de Johnson. Empresas y gobiernos, es cierto en seguida, se han cuidado de que ese efecto no se repita

o de que, repitiéndose, cloroforme por su mera repetición nuestras sensibilidades.

Que florezcan, pues, mil canales de televisión. Pero que no sustituya la novedad a la noticia, ni el adormecimiento a la conciencia alerta, ni los sacerdotes de la imagen a los maestros de la inteligencia. La presencia de los medios electrónicos en las escuelas me parece importante y positivo porque puede contrarrestar, desde la base, las apariciones más negativas de los medios masivos en los hogares. El maestro y los alumnos interactuando ante la imagen, pueden iniciar la etapa que le hace falta a ésta: en contra de la pasividad del llamado *couch potato*, o sea el espectador como papa yacente en un sofá, la crítica de la imagen como obligación activa de todo espectador. Al nivel escolar, maestros y alumnos pueden entender y emplear la imagen como un foro de encuentros entre puntos de vista diversos, que es el cimientto de una información plena, variada y confiable. Así se pueden preparar, gracias a la *interacción* con la imagen, gracias a la *crítica* de la imagen, no sólo una *poética* de la imagen, sino un hábito democrático de poner en cuestión lo que se ve, discutirlo y llevarlo, de la escuela a la familia y a la postre, al plano ciudadano y político.

¿Van a servir los medios modernos sólo para que los que piensan igual se repitan entre sí verdades de Perogrullo, para que los prejuicios raciales, religiosos y económicos se refuer-

cen y, lo más peligroso, para que los nuevos Fuhrers de la xenofobia y el racismo cuenten con la más poderosa tribuna que los fascismos pudiesen concebir? La educación democrática para los medios puede ser un antídoto ante estos peligros.

Pero ni los peligros ni las oportunidades de la educación audiovisual deben disminuir el elogio del libro y de la lectura. Hago notar algo de arranque y es que, aunque hayan aumentado gigantescamente los espectadores del audiovisual en el mundo, la disminución de lectores de libros no es consecuencia fatal ni absoluta de ese hecho. No es fatal, porque, nuevamente, es el uso de los medios lo que los califica, no su mera existencia. Los editores de la biblioteca de clásicos norteamericanos: «*The Library of America*», hacen notar que las nuevas tecnologías pueden emplearse no sólo para preservar sino para renovar una herencia literaria, promoviendo la apreciación de los grandes escritores. Los CD-ROM pueden utilizarse a la manera de verdaderas antologías literarias por el uso de los sistemas multimedia: la Biblioteca de Clásicos Norteamericanos, gracias al apoyo de los medios visuales, ha vendido tres millones de ejemplares de sus primeros títulos, de Jefferson a Faulkner, en la última década. Vasconcelos, con la ayuda del CD-ROM, hubiese logrado un milagro comparable para sus ediciones de Homero y Virgilio. Y otro hecho refuerza lo que digo: es posible que el número absoluto de lectores haya dis-

minuido, pero el número de escritores ha crecido y se ha extendido al mundo entero: una nueva geografía literaria, de alcance mundial, abre espacios creativos en lugares donde, hace apenas medio siglo, no se esperaban ni mil flores ni una. Los premios Nobel de Literatura al nigeriano Wole Soyinka y al afrocaribeño Derek Walcott dan prueba de ello. Son poetas y puede que tengan menos lectores que Jackie Collins y Ken Follet. Pero su influencia será más profunda, más duradera y quién sabe si, a la larga, más popular. ¿Existirían las letras de los boleros de Agustín Lara sin las letras de los poemas de Luis G. Urbina y Amado Nervo? Por todo ello, la extensión de la biblioteca pública sigue siendo esencial para la educación nacional.

34

En un país como el nuestro, escribe Sealtiel Alatríste, se trata de «fortalecer la cadena de bibliotecas, que los lectores vayan allí»; que «no se pregunten si los libros son caros o baratos, sino si la lectura está a su alcance o no».

Nuestra cultura literaria escrita no debe cegarnos ante los valores de las tradiciones orales, decía más arriba. Y ello nos conduce a otro tema inseparable de la idea abarcante de este texto: la cultura indígena de México.

Nuestra población indígena es portadora de formas de cultura que no por distintas a las formas de vida urbana y aun mestizas, dejan de ser base de una inconfundible personalidad na-

cional. Aunque no fuese más que en el lenguaje, el castellano de México está tan salpicado de vocablos indígenas como el español de España de vocablos árabes.

¿Integrar a los indios a la corriente central del mestizaje y la modernidad crítica, o aislarlos en sus zonas tradicionales de cultura? Nadie quiere en México reservaciones como las de Norteamérica, pero aun éstas, con el tiempo, se han disuelto en la manera mayoritaria de ser de la ciudadanía norteamericana: el cheyén o el dakota actual usan *blue jeans*, hablan inglés y rentan sus terrenos a los casinos de juego.

Los indios de México, concebiblemente, también están destinados a engrasar el mestizaje como hecho central del país. Ojalá, sin embargo, que lo hagan a su propio ritmo, sin sacrificios de la memoria, de los ritos y las maneras de entender la comunidad, de la vida y la muerte, que, apenas los rozamos en nuestro arte y literatura. Los indios enriquecen la cultura mestiza, trátase de las novelas de Rosario Castellanos, los poemas de José Carlos Becerra o la pintura de Rufino Tamayo y Francisco Toledo. En ciertas comunidades indígenas hay formas de autogobierno dignas del mayor respeto. Hay una cultura profunda y no por diferente, anacrónica. También hay injusticia, explotación y sujeción a poderes económicos rapaces, protegidos por autoridades corruptas. Esto es lo que debe desaparecer: la explotación

y la injusticia contra los indios. En esto debe demostrar la justicia que su alcance es nacional. A los indios se les puede prestar asistencia técnica para mejorar el uso de sus tierras. Se les puede dar techo, salud, implementos modernos. Pero no se les puede cambiar el alma de la noche a la mañana. Ellos, no nosotros, decidirán los tiempos de su integración mestiza. Ellos, y no nosotros, sabrán dejar atrás los lastres que agobian su existencia si la ciudadanía nacional les garantiza un orden de justicia y asistencia. Ellos, y no nosotros, sabrán cuáles son los valores de su tradición que deberán salvar y aportar, enriqueciendo al mestizaje. Y nosotros los mestizos en cambio, debemos estar alertas para aprender valores indígenas de vida y muerte, de memoria y de ceremonia, de comunidad y de sensibilidad, a fin de enriquecer nuestra propia vida occidentalizada y urbana. No creemos guetos artificiales para los indios; respetemos y dejemos abiertas las puertas de sus comunidades y variadas, aisladas unas y cada vez más integradas otras.

Una fuerte corriente de la educación internacional nos pide respetar las culturas autóctonas capaces de ser aprendidas y transmitidas oralmente. Mi amor hacia la letra escrita no se contradice con mi respeto hacia la transmisión oral ni hacia la transmisión tecnológica, hoy por hoy los extremos de la enseñanza. Pero entre esos extremos, la educación pública no debe devaluar la herencia no escrita. A veces, para

decir no a la pobreza económica, hay que decir sí a las formas de la cultura popular que subyacen profundamente a las oportunidades de educar. No a la pobreza económica, pero no, también, a la pobreza cultural.

### **Por una educación incluyente**

Retomo mis tres preguntas originales y les doy, a todas, respuesta afirmativa:

Un progreso incluyente debe conjugar, en un país como México, las exigencias del cambio y las de la tradición. El carácter policultural del país nos pide que no sacrifiquemos ningún aspecto de la gran creatividad acumulada por los mexicanos a lo largo de los siglos. Nuestra modernidad no puede ser ciega, puramente imitativa; simple acto reflejo. Debe ser una modernidad inclusiva, que admita las múltiples maneras de ser *actuales* –si por esto entendemos «modernidad»– y no simplemente a la *moda* –que por esto no entendemos ser «modernos»–. En uno de los grandes diálogos del poeta italiano Leopardi (1798-1837) La Moda le pregunta a La Muerte: -Madama la Morte, Madama la Morte ¿quién eres? Y La Muerte le responde a La Moda: -Yo soy Tú.

No condenemos a muerte los aspectos vivos de la tradición. Entendamos que no hay nueva creación sin tradición que la sustente –ni tradición que perviva sin nueva creación que la nutra.

La escuela, el maestro y la familia ponen en marcha, desde la semilla, mediante el inicio mismo del proceso educativo, esta sinonimia crítica entre tradición y cambio. Ellos –maestros, escuela, familia– son la base del proceso vertical, ascendente, de la educación hacia sus niveles superiores. Son también su base horizontal, extendida a lo largo del segundo México, en palabras de Julieta Campos: «la vasta red de comunidades rurales y barrios urbanos donde habita la gran mayoría de los mexicanos». En su libro fundamental *¿Qué hacemos con los pobres?*, la escritora subraya la necesidad de reconciliar tradición y modernidad. «Si todos los intentos de modernización han sido fallidos es porque nunca se intentó una reconciliación sino avasallamiento: el proyecto moderno pretendió borrar al país tradicional». Yo añadiría: el país moderno voluntariamente está olvidando al país tradicional. Cualquier intento político de llevar a cabo esta imperiosa reconciliación, no rendirá frutos sin la participación activa del maestro en la raíz misma de esa reunión: la de los dos Méxicos.

Doy respuesta a mi *segunda pregunta* original: no, México no puede estar ausente del proceso mundial de la educación como base del progreso global. Pero México no puede saltarse etapas. No podemos brincar de una plataforma mínima de modernización tecnológica nacional a la gran corriente globalizadora, si no sustentamos nuestra propia participación en una previa

e indispensable «globalización» de nuestro propio país; es decir, jamás seremos socios completos de la globalización si antes no asociamos a los grupos marginados del país con la nación y el progreso incluyente. Mientras más mexicanos accedan a niveles decentes de educación, empleo, salario, ahorro, salud y seguridad social, más firme será nuestra participación en la revolución tecnológica y en la integración global.

Al mismo tiempo, sin embargo, debemos estar muy conscientes de los desfalcos y contradicciones de esa misma globalización, a fin de ser socios independientes y no subordinados de los grandes centros tecnológicos y financieros. Declararse por un progreso incluyente es declararse, también, por un progreso modesto, que recoja los frutos útiles de la globalización, pero que atienda sobre todo, al árbol local. Es preferible cantar «hay en mi rancho dos arbolitos» que lamentarse: «ya la higuera se secó y tiene la raíz de fuera...»

El proceso mundial que basa la tecnología en la información y la información, en el conocimiento, tiene que darse también, en todas sus etapas, dentro de la sociedad mexicana. Otra vez, el maestro, la escuela, el alumno, están en la base real del proceso, que será puramente ilusorio sin esa sustentación. Más vale llegar tarde al banquete de la civilización, pero con un itacate y provisiones propias, por si las moscas.

Y *mi tercera pregunta* se encuentra ya contestada en las dos anteriores:

no, no podremos asegurar niveles de bienestar y participación, ni nacionales, ni globales, si no atendemos primero a la segunda nación y la salvamos del olvido, la miseria y la exclusión. Debemos dar prioridad a la producción, el empleo, la salud, la habitación, el salario y la educación. Más confianza en México tendrán los inversionistas extranjeros, los organismos financieros internacionales, el gobierno de los Estados Unidos y los de Japón y la Comunidad Europea, si tratan con un país que con seriedad y honor renegocia el pago de sus deudas, reinicia el crecimiento y queda, a la postre, bien con todos, propios y extraños. Pero el primer deber de la nación, la sociedad y el gobierno es atender a las vastas mayorías marginadas, anhelantes, colgadas con las uñas a las barrancas de la pura supervivencia, y portadoras, de la continuidad de la cultura y de la tosudez de la esperanza que le han permitido a México, a pesar de los pesares, sobrevivir.

¿Qué hace falta? Mucho y muy poco. Autoridades responsables y responsables a todos los niveles, del municipal al nacional. Efectiva división de poderes. Fiscalización del ejecutivo. Sistemas de pesos y contrapesos. Elecciones transparentes. Recuperación plena de las facultades legislativas para controlar los dineros públicos. Elección de candidatos que en el poder se comprometan a darle prioridad al proyecto de nación en vez del actual bosquejo de tímida subordinación.

Una dimensión esencial del magisterio es enseñarle a cada alumno que no está solo. Que está en el mundo. Que está con otros. El maestro ha de ser agente contra la discriminación y los prejuicios. Al alumno, el maestro le dice: tú existes. Tú eres único. Pero le enseña, al mismo tiempo, a reconocer la existencia y calidad de otro individuo. Incluso, le dice al niño, al joven, al alumno: reconóctete a tí mismo para que reconozcas a tus compañeros, pero también, con humanidad, a quienes no son ni piensan como tú. Que cada individuo perciba la personalidad de otro individuo. Y que ningún joven salga de las aulas sintiendo que su destino ha sido sellado para siempre.

Somos una nación multicultural, tanto en el extremo indígena como en el occidental. La diversidad nos invita a no saltar etapas, a no excluir a ningún componente de civilización, a no olvidar ninguno de los caminos de la relación entre saber, hacer y ser. Pues aprender a saber supone aprender a hacer, y aprender a hacer supone extender el aprendizaje individual al trabajo compartido, a la prueba de una mayor asimilación de la enseñanza mediante experiencias de trabajo y labor social. Pero saber y hacer conducen al cabo al aprendizaje del ser mismo y por esto entiendo, más que otra cosa, la voluntad de tender la mano de la educación a todos: que no se pierda ningún talento de ningún niño, joven o adulto mexicano. Sólo así daremos respuesta humana, respuesta mexicana, a los desafíos del nuevo milenio.

